

## *Guisado de cinema*

Nonita Estrada

En un cazo de esos azules que te pinté una vez entre bostezo y bostezo. En uno de esos, volqué un millón de mantequilla, amarilla y suave como al principio, ¿te acuerdas? Porque para mí es amarillo y no marrón, y tierno, porque eras tú y las falditas, la piel sin amantes, sin cansancio, ni fatiga. La *peau douce* de ese *Trouffaut* de entonces ¿te acuerdas?

Después llené diez cucharadas de azúcar blanco y rocoso. Porque a poquito te me volviste limpia, incluso sosa como el blanco, pero también rocosa. Saqué de la nevera cuatro huevos; y los abrí poniendo en un lado la clara gelatinosa y echando la yema en el cazo azul. Porque igual que te aburraste, te dio por separarlo todo, y en un lado el amor de madre, en otro el orgullo femenino que te caracteriza y lo que no sé es dónde me pusiste a mí, tu bien amado ¿te acuerdas?

Y mientras hierve el chocolate a medias con la leche, intento con este humilde tenedor montar la clara, montar la nieve. Buscar entre líquidos, un principio que me lo vuelva espeso. Pero me cuesta porque es lo mismo que poner en tu flacidez, en tu rutina acuosa, un montón de espuma, volverte airosa.

Terminados los primeros pasos, lo mezclo todo en el cazo azul; la mantequilla densa, el azúcar que rechina, las yemitas, y el chocolate blanqueado por la clara. Y es ahora cuando ya no sé qué hacer, porque eras tú quien, queriéndome o no, humedecías las galletas en leche para hacer la tarta. Pero como lloramos una vez, juntos ante el televisor, por lo que veo, cariño, parece que de veras “se acabó el pastel”.

Pero no importa espinaca a la francesa, cincuenta gramos de mantequilla, harina, leche, sal, pimienta. O si no espinacas a la inglesa. Tú querías un Harry con gorrito de lana, con la boca gorda como el de la producción belga, “Mannenken pis” que te compre zapatitos dorados, que te cocine *vol au vent*, y te lo ofrezca en un balcón. Pero nenita, él se llamaba Frank Verduyssen o como el

bandido morocho que la salva a ella, Vikram Mallah, pero yo me llamo simplemente Luis. Aunque tu sí te sientes Phoolam Devi, diosa de las flores, reina de los bandidos.

Pero yo te quiero tanto que te seguiría guisando Zarzuela de Pescado con calamares voladores, mejillones medio medio, esos que se lavan, se ponen en la cazuela y cubiertos de agua fría tambalean indefensos, como tu alma que siente vértigo, pero aún así me planta. Y es una lástima porque me conoces y “me importa un pito que las mujeres tengan los pechos como magnolias o como pasas de higo, que su nariz saque el primer premio en un concurso de zanahorias...pero lo que no perdono, y en eso soy irreductible, es que no sepan volar”. Y tú nenita, volabas.

Así que mientras echo sal en la cazuela bendigo a Oliverio Girondo por prestar poema tras poema al cineasta, al Darío Grandinetti y codear con Benedetti. Todos en ese lado del corazón, el oscuro; en donde Eliso Subiela te unta amor sudamericano de barrio, de franela, de cuartito de puta, de puta que lee y se vende como él, como Horacio, publicitario –ideas al servicio del Sistema, jodida sanguijuela- política de burdel.

Pero no quiero cansarte más, trágate este dulce de castañas que te mimé con chocolate rallado, te acuné con ron y mecí con azúcar molida y vainilla: no con Fresa y Chocolate ¿por qué te me escapaste más allá de la denuncia? Sólo era fresa o era chocolate, pero tu revolucionaria, guerrillera, defensora de lo chiquito, te creíste a Ulea y se te volcó la risa por la patria; hasta te sentiste perdida al enamorarte de un homosexual, divino Perugorría.

No sé querida, te voy a añorar borracho y vagabundo en el Pont- Neuf, con quién haré el amor reflejándome en el Sena. Y reharto en Montevideo, Cuba, Chile o México. Manhattan me gustaba por ti y el feito de las gafas –metafísica hipocondríaca- , que tanto nos hacía reír.

Y no me puedo ir con cualquier flaquita a remover patatas con judías, o guisantes con tocino, o juntar perdices y coles. Porque al segundo día de salir del

cine echaría en falta en falta una adivinanza, un despojo intelectual de la puerta al metro. Una risa fresca, una lágrima melosa, un cine-fórum tan tuyo.

Imagínate ese pollo en cocotte a la bordelesa, que te derretía estómago hígado y labio superior. Me lleno de manteca, aceite, chalotas, setas, coñac y cebolla. Y tú loquita huiste con el pollo.

Yo cocinando tantas historias, y no me di cuenta que te ibas inflando pero no de materia digestiva, sino de un montón de cinta cinematográfica que se te atragantó entre corazón y utopía. Y te volviste quijotesca, pero no importa, tartaleta, cambia el mundo y vuelve, yo siempre te calentaré la cena.

